

Lynn Picknett
y Clive Prince

LAS MÁSCARAS DE CRISTO

—◆◆◆—
DETRÁS DE
LAS MENTIRAS
SOBRE LA VIDA
DE JESÚS



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



Índice

- Portada
- Sinopsis
- Dedicatoria
- Agradecimientos
- Introducción
- 1. Entre líneas
- 2. El hombre que nunca existió y el Cristo que nunca debió existir
- 3. ¿Nacido de una virgen?
- 4. «Sumamente conmovidos»
- 5. El hombre detrás de la misión
- 6. Señales y milagros
- 7. Los rivales de Cristo
- 8. El camino a la cruz
- 9. De Jesús a Cristo
- 10. La última revelación
- Bibliografía
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Aunque una religión entera se basa en sus enseñanzas, Jesús no registró ningún relato escrito de su vida o fe. Enseñó a sus seguidores oralmente, y nuestras únicas fuentes acerca de lo que Jesús realmente dijo y creyó son los Evangelios. Pero los autores de los Evangelios tenían sus propias agendas para promover, y sin duda alterar, incluso distorsionar, el mensaje de su líder.

En *Las máscaras de Cristo*, Lynn Picknett y Clive Prince han despojado capas de mitología, revisiones canónicas, propaganda de la Iglesia y censura para revelar quién era Jesús realmente, y descubrir su verdadero mensaje a los seguidores del cristianismo.

*En recuerdo de Eric Taylor (1922-2007)
Un auténtico caballero y verdadero amigo.
Con cariño*

AGRADECIMIENTOS

A Keith Prince, como siempre, por su inestimable y entusiasta ayuda con nuestra investigación, especialmente por su contribución sobre los paralelismos entre las historias de Jesús y Nerón.

Jeffrey Simmons, nuestro agente y amigo, que siempre está dispuesto a ayudarnos.

En Little, Brown: Sarah Rustin y su equipo: Zoë Gullen, Richard Dawes y Linda Silverman.

Por su ayuda incondicional, aliento y amistad:

Vida Adamoli; David Bell; Ashley Brown; Jenny Boll; Robert y Lyndsey Brydon; Deborah y Yvan Cartwright; Michele Cascarano; Bert de Wit; Carina Fearnley; el doctor Robert Feather; Stewart y Katia Ferris; Andrew Gough; William Kirchen; Vera Koutou; Sarah Litvinoff; Jane Lyle; Lisa Mead; John y Joy Millar; Sharmaine Misson; Sally Morgan; Paul Nemeth; Craig y Rachel Oakley; Graham Phillips; Phyllis Pointer; Trevor Poots; Lily y David Prince; Francesca Prior; Nathan Renard; Rat Scabies; Javier Sierra; Mick Staley; Sheila y Eric Taylor; Mike Wallington, y Caroline Wise.

Gracias también al personal de la Biblioteca Británica.

INTRODUCCIÓN

Aunque hoy en día parezca inconcebible, en la Gran Bretaña del siglo XIX era ilegal no creer que Jesús era el hijo de Dios. El cristianismo era obligatorio: no creer, o al menos de un modo que fuera adecuadamente visible a tus criados, iguales, y especialmente, a tus mayores y superiores, no era una opción. Todo el mundo, fuera cual fuera su condición social, no sólo tenía que creer en privado, también tenía que rezar en público. Por ejemplo, la jornada laboral en los hospitales no empezaba hasta que los médicos y las enfermeras se reunían para rezar. El legado de esta imposición religiosa pudo apreciarse hasta bien entrado el siglo XX, cuando declararse agnóstico suscitaba espanto, especialmente entre las generaciones de edad avanzada, para quienes profesar la fe cristiana era sinónimo de ser una persona decente y un buen ciudadano.

Pero las cosas son muy distintas hoy en día. A principios del siglo XXI, Gran Bretaña tiene fama de ser una de las naciones más laicas del mundo desarrollado, y no pasa nada por considerar (al menos en este país) que el cristianismo es en gran medida un factor irrelevante. Pero las raíces del cristianismo antiguo han calado hondo, y se respiran aires nuevos en el seno de la comunidad anglicana, con un enérgico y carismático arzobispo de York y un ejército de mujeres valientes y devotas que lucen alzacuellos. Sin embargo, es posible que sea demasiado tarde para las iglesias oficiales: para la amplia mayoría de británicos son cada vez más irrelevantes, mientras que las series de televisión suelen representar a los devotos cristianos como personas ligeramente siniestras, siempre al borde de un ataque de nervios, o incluso como seres extraños y cómicos.

Pero el fracaso de las iglesias para inspirar y exaltar a las masas no ha generado, por lo que parece, una apatía total hacia el cristianismo en su conjunto. Ha resurgido un inusitado interés por la religión a una escala sin precedentes, y lo ha hecho, curiosamente, no a partir de una cruzada evangélica o una revelación mística, sino de una novela de misterio superventas. Nos referimos, por supuesto, al fenómeno de *El código Da Vinci* de Dan Brown, un libro que en los últimos años ha causado estragos en todo el planeta, inspirando un nuevo anhelo por conocer la verdad que se esconde detrás de las mentiras, la ocultación y las tapaderas descaradas que han convertido al cristianismo en lo que es hoy en día.

No obstante, como nosotros mismos somos los primeros en reconocer, este furor no empezó y acabó con *El código Da Vinci*. En los últimos años, los medios de comunicación se han hecho abundante eco de ciertos descubrimientos que se han planteado como desafíos a la imagen convencional de Jesús. Hallamos buen ejemplo de ello en la supuesta revelación del director de Hollywood James Cameron sobre la «tumba familiar de Jesús» y la publicidad en torno al descubrimiento del evangelio perdido de Judas. Pero lo que más nos sorprende de estas dos supuestas revelaciones es el entusiasmo, cercano en ocasiones a la histeria, con el que fueron recibidas, los debates improvisados de comentaristas de opinión, y el revuelo en los corazones cristianos. Evidentemente, Jesús sigue siendo un tema candente, pero conviene recordar que la intervención de los medios rozó la superficie de un mar de fondo de interés; no lo creó. Seguirá desatando pasiones.

Nunca desperdiciamos una oportunidad de mencionar que el propio Dan Brown señaló que nuestro libro *La revelación de los templarios* (2005) fue una de las fuentes principales de inspiración para su novela. Nuestro libro no se avergüenza de formar parte de un género de historia alternativa que el mundo académico consideraría inaceptable:

personas que, tras varios intentos por deshacer las distintas capas de propaganda eclesiástica, edición y revisión canónicas, se plantean preguntas fundamentales sobre el cristianismo e intentan ofrecer algunas respuestas, especialmente sobre sus verdaderos orígenes.

Dos tipos de reacciones a *La revelación de los templarios* nos hicieron pensar que era necesario escribir un libro como *Las máscaras de Cristo*. Muchos siguieron la línea, tal como hicieron con otros libros que proponían visiones alternativas de los orígenes del cristianismo, de intentar demostrar que nuestra hipótesis era incorrecta, ya que entonces probarían que la idea convencional de Jesús, la única que aparecía en los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento y que la Iglesia impuso sobre sus seguidores hace dos mil años, sigue siendo incontestable.

Pero esta idea no se sostiene en absoluto. Lo único que está fuera de toda duda es que, desde una perspectiva histórica, la idea convencional de Jesús es incorrecta. Una serie de descubrimientos en los últimos dos siglos han demostrado que muchos de los episodios de los Evangelios son inexactos o están distorsionados, motivo por el cual los investigadores como nosotros sienten la necesidad de tratar de descubrir lo que realmente ocurrió. Ofrecen alternativas simplemente porque hay demasiados huecos molestos e incongruencias en la narrativa convencional.

Uno de los descubrimientos más perturbadores fue el de que la mayor parte de este nuevo conocimiento ya es reconocido por teólogos y eruditos del Nuevo Testamento, pero sólo dentro del ámbito de las paredes altas, aisladas y seguras del mundo académico. Apenas se debate fuera de este ámbito, excepto en la clase de libros como el nuestro. Las últimas personas que oirán hablar de ello son los devotos que frecuentan los grupos parroquiales y las catequesis. Sin duda, hay algo que no funciona en este estado de cosas si la manera que tienen de informarse sobre este nuevo conocimiento es a partir del furor inevitable que se genera

en torno a las obras alternativas de no ficción, menospreciadas y ridiculizadas, como el clásico *El enigma sagrado* (1985), de Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, nuestros propios libros, y, por supuesto, el enfoque tan imaginativo del *thriller* de Brown. Los cristianos de base son los que, a lo largo de los años, han sido traicionados y siguen ignorando casi por completo los errores a menudo garrafales de las parábolas del Evangelio, y son tratados con condescendencia por eruditos y sacerdotes, como si fueran niños incapaces de afrontar el hecho de que Papá Noel no existe. (La afirmación de Juan Pablo II de que en realidad Cristo no nació un 25 de diciembre molestó en gran medida a los suyos, de modo que otro tipo de revelaciones sobre el hombre al que consideran un dios tendría un efecto traumático en millones de personas. Pero ¿de quién es el error? ¿Quién les mintió en primer lugar?)

Algunos convencionalistas arguyen que el hecho mismo de que se hayan propuesto tantas teorías distintas, y contradictorias, demuestra de algún modo que la visión tradicional de Jesús es más o menos correcta. Un defensor de esta idea es el autor británico Geoffrey Ashe, según escribe en *The Virgin* (1988):

Él [Jesús] ha sido presentado como moralista, o como exorcista, o como sanador, o como profeta del final de los tiempos, o como socialista, o como pacifista, o como lunático, o como nacionalista judío, o como maestro esenio de la justicia. Ha sido moldeado para que parezca un mito solar o de vegetación... o una seta sagrada. Lo único que podemos deducir a partir de este caos crítico es que la realidad era más nutrida de lo que los críticos están dispuestos a reconocer.¹

En esta declaración, Ashe omite dos cuestiones importantes. En primer lugar, la razón por la cual tantos investigadores, tanto dentro como fuera del mundo académico, sienten la necesidad de identificar al Jesús histórico pero lo descubren detrás de numerosas máscaras es, precisamente, que la perspectiva tradicional presenta muchas deficiencias. El hecho de que ofrezcan soluciones distintas puede deber-

se a las limitaciones de los datos disponibles y a sus propios prejuicios intelectuales, pero eso no significa que uno de ellos no haya dado con la solución correcta. No tienen por qué ser mutuamente excluyentes.

El segundo punto que por lo general no se tiene en cuenta es que la lista de teorías del «caos crítico» también debería incluir el concepto de que Jesús era el Hijo de Dios enviado a salvar a la humanidad de sus pecados. Sólo porque ese haya sido el concepto que la Iglesia ha aceptado y perpetuado, a menudo a base de fuego y espada, no significa que sea inamovible. De hecho, desde un punto de vista objetivo (como debería ser) no es más que otra teoría, y no tiene razones intrínsecas para declararse más verdadera que cualquier otra.

Uno de los aspectos más perturbadores de las máscaras de Jesús es que son contradictorias entre sí. Hace tiempo, en 1908, un destacado protestante alemán observó que, manejando los mismos datos, los especialistas podían quedarse con imágenes tan distintas como la de «rey y vagabundo..., revolucionario y sabio, luchador y príncipe de la paz, gobernante y criado, hombre de acción y poeta».²

Resulta alentador que la respuesta del cristianismo institucional a nuestro libro quedase en cierto modo equilibrada por las reacciones contundentes de nuestros lectores. Al presentar nuestro retrato alternativo de la historia de Jesús en *La revelación de los templarios*, evidentemente tuvimos que tratar de explicar las debilidades de la perspectiva convencional —los descubrimientos que han supuesto un desafío a ciertos conceptos establecidos desde hacía tiempo y que en muchos casos se ha demostrado que eran falsos—. Sin embargo, aunque por falta de espacio nos hemos visto obligados a resumir algunos de los últimos hallazgos, tuvimos que concentrarnos inevitablemente en los aspectos que guardaban mayor relevancia respecto a los temas principales de nuestro libro, especialmente la relación entre Jesús, Juan el Bautista y María Magdalena.

En el debate con nuestros lectores nos dimos cuenta de que anhelaban saber más sobre los problemas y los desafíos a la imagen convencional, especialmente tal como se seguía enseñando en las escuelas e iglesias como si nada hubiera cambiado.

Por estas dos razones convinimos en la necesidad de escribir un libro que se centrara en estos aspectos, uno que resumiera el estado actual de los descubrimientos en torno al Nuevo Testamento, y que planteara lo que a día de hoy sabemos con rigor y precisión, qué datos han demostrado ser falsos y qué aspectos de la vida y misión de Jesús siguen siendo poco precisos.

Evidentemente, en los últimos diez años hemos seguido indagando en el ámbito del cristianismo, y hemos intentado resolver las preguntas que han quedado sin respuesta. *Las máscaras de Cristo* no sólo hace avanzar la historia, también nos adentra en territorio nuevo e inexplorado, lo cual supuso en algunos casos revisar nuestras opiniones y cambiar de enfoque en ciertos momentos. De todos modos, nos complace que las conclusiones principales de *La revelación de los templarios* no sólo hayan superado el escrutinio de toda una década, sino que también hayan sido avaladas por nuevas investigaciones y descubrimientos, tanto nuestros como de otros especialistas en este campo. Ahora podemos presentar una imagen mucho más clara y tridimensional: ciertas cuestiones sobre las que sólo podíamos especular hace diez años se han consolidado en la actualidad y han cobrado mayor interés. Por supuesto, nunca podremos pretender contar con todas las respuestas, ya que en esta materia no disponemos de información completa, pero creemos que hemos llegado mucho más lejos de lo esperado.

Por otro lado, una de las cuestiones que se ha clarificado es el grado en que la Iglesia oculta ciertos aspectos que son fundamentales para la comprensión del cristianismo y

de la propia figura de Cristo. Y por si alguien aún lo duda, esta tendencia continúa hoy en día.

El Jesús de la historia y el Cristo de la fe

Los libros como este, que buscan recuperar la figura histórica de Jesús, suelen empezar con una nota aclaratoria que hace una distinción entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. El primero es un individuo, tal vez un hombre, tal vez un dios, y quizá un poco de ambos, que desarrolló su extraordinaria vida en una ubicación geográfica determinada y en un periodo concreto de la historia. Por este motivo, está sujeto a los mismos métodos de investigación histórica que cualquier otra figura del pasado. Por otra parte, el Jesucristo de la fe pura está más allá del alcance de los historiadores, puesto que no disponen de los métodos para tratar con lo trascendente y lo inefable, y lo que las personas dicen conocer en sus corazones y almas nunca puede pesarse, medirse ni valorarse con cualquiera de los métodos académicos al uso.

Sin embargo, esta diferencia es en muchos sentidos una evasiva. El cristianismo, más que cualquier otra religión, exige que ciertos acontecimientos hayan ocurrido realmente en lugares auténticos y en fechas concretas. En la mayoría de las religiones lo que importa es la revelación, no las circunstancias en las que esta se produce. En cambio, el cristianismo se basa en un suceso, o una secuencia de sucesos, gracias al cual se otorgó la salvación a todo el mundo: la crucifixión y la resurrección de Jesucristo. Esto pone al descubierto la revelación de la cristiandad para que sea sometida a estudio histórico, y plantea un riesgo para la religión: si se demuestra, por ejemplo, que estos sucesos nunca ocurrieron, o que ocurrieron de un modo muy distinto a la descripción que proporciona el Evangelio, entonces el cristianismo tiene un grave problema.

Por este motivo es muy importante establecer el grado de fiabilidad de los autores que han dado cuenta de la supuesta revelación. Nuestra fuente principal de información sobre Jesús es un conjunto de textos —los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento— que pueden ser examinados según los mismos criterios que se aplicarían a cualquier otro documento histórico. Cuando su narrativa se haya analizado a plena luz del día, se verá que los autores no sólo han reescrito la historia para satisfacer sus propios planteamientos, sino que lo que han generado ha sido editado y modificado con posterioridad, a veces mucho después del episodio. Es un grave error aceptar todo lo que dicen los Evangelios sobre Jesús sólo porque está precisamente en los Evangelios.

Para muchas personas, especialmente los cristianos evangélicos modernos y los renacidos, el cristianismo es una experiencia, no un argumento. La presencia de Cristo es algo que se percibe, creando así una certidumbre interior más allá de cualquier análisis o crítica lógica. Es cierto que resulta imposible para un no creyente argumentar sobre la base de este tipo de experiencia, negar que significa lo que el individuo que la ha vivido cree que significa. Pero, incluso teniendo en cuenta estas arenas movedizas de la subjetividad, queda un espacio para la investigación objetiva.

En nuestras conversaciones con cristianos evangélicos, especialmente durante los debates públicos generados en torno a la publicación de *El código Da Vinci*, hemos descubierto una especie de doble rasero en el enfoque histórico sobre la figura de Jesús. Muchos simplemente descartan el debate sobre los detalles históricos y lingüísticos como si fueran hechos irrelevantes, comparándolos con su experiencia interior. No es que esté mal, salvo que esas mismas personas consultan el Evangelio para tratar de explicar su fe a los demás, o para convencer a los demás de que se conviertan al cristianismo. Quieren las dos cosas.